ARQUIDIÓCESIS
DE GUAYAQUIL

“NO ESTÁ AQUÍ. HA RESUCITADO”
(Mt 28, 6).

En estos días santos, al acompañar el camino de la Pasión, muerte y resurrección de Jesús, hemos reflexionado cómo el soberano de la mentira y de la violencia ha sido derrotado para siempre: **¡No más engaños ni intrigas!**

Hemos sido testigos de cómo Judas, el traidor, desesperado, se quitó la vida; y, con su muerte, han desaparecido los falsos amores, los deseos y aspiraciones, basados en la posesión, en el placer y en la dominación.

Hemos constatado, asimismo, cómo los discípulos, llenos de miedo, se encerraron para no correr la misma suerte del Maestro, del Mesías e Hijo de Dios; y cómo Pedro, el amigo cercano, le dio las espaldas; pero que, ante la mirada de Jesús, descubrió su fragilidad y le siguió ya no apoyado en el ímpetu de su voluntad, sino en el poder de la gracia.

Hemos visto, igualmente, cómo el pueblo ingrato y engañado por las autoridades religiosas no lograba comprender el drama y la tragedia de Aquel que pasó por la vida anunciando el evangelio a los pobres, curando a los enfermos de toda dolencia y expulsando todo tipo de demonios.

En este contexto, las autoridades religiosas y políticas, equivocadamente, pensaron que, crucificando al soñador, de un modo tan cruel, acabarían con sus sueños; o que, encerrándole en una tumba, habrían hecho desaparecer su nombre.

Pero todo este trágico devenir, en un abrir y cerrar de ojos, ha cambiado: **¡Cristo ha Resucitado**! El Ángel hizo rodar la piedra del sepulcro y, sentado sobre ella, dijo a las mujeres**: “No está aquí. Ha resucitado”** (Mt 28, 6).

Ahora vemos, con gran gozo, que la vida ha triunfado sobre la muerte; **el amor ha vencido al odio, a la indiferencia, al miedo y a la traición; y l**a misericordia y el perdón han destruido toda forma de apatía, ***enojo, decepción, rencor y violencia***.

Con la resurrección, la cruz ya no es más un instrumento de ignominia, de tortura y muerte, sino un signo de gloria, de victoria y de vida.

ARQUIDIÓCESIS
DE GUAYAQUIL

Con la resurrección, el dolor y el sufrimiento se transforman en fuentes de sabiduría y de amor fecundo, capaces de sanar las heridas más profundas del corazón humano, como hace la madre cuando enjuga las lágrimas de su Hijo amado al pie de la cruz.

Con la resurrección, la muerte no es el triste final de la vida, sino el puente luminoso que une la tierra con el cielo, lo temporal con lo eterno, nuestro frágil corazón con el amor infinito y definitivo de Dios.

Cristo resucitado nos desafía a cada uno de nosotros a ser auténticos, a soñar, a ser mejores y a seguir apostando por todo aquello de grande y noble que aspira nuestro corazón, como la paz y una vida digna para todos los ecuatorianos.

Con su resurrección, ¡la vida, la libertad, la verdad, el amor, la justicia, la solidaridad y la fidelidad han triunfado para siempre! Con él, la alegría y la esperanza de un mañana mejor, nuevamente, tienen cabida en nuestra existencia.

¡Que María, la madre del crucificado y del resucitado, nos acompañe y nos recuerde que la luz de su Hijo siempre está brillando, incluso en las noches más oscuras de nuestra vida!

“No está aquí. Ha resucitado”
(Mt 28, 6)

Guayaquil, 8 de abril de 2023

+ Luis Cabrera Herrera, ofm
Arzobispo de Guayaquil